**Sábado XXXII del TO  
Ciclo C**

****12 de noviembre de 2021  
3Jn 5-8  
Sal 111  
Lc 18, 1-8  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Los estudiosos llaman a la sección de Lucas donde se encuentra esta parábola «*el Evangelio de los marginados*» ya que el empleo de materiales que Lucas utiliza parece tener como objetivo mostrar la cercanía y la misericordia de Dios para con los que, dentro del pueblo, cargan generalmente con el desprecio, e incluso la condena, por parte de sus semejantes. Recordar las parábolas de la oveja perdida, la pobre mujer que no descansa hasta encontrar la moneda, el hijo pródigo, el administrador desaprensivo, Lázaro y el rico epulón, los diez leprosos, el juez injusto de ahora, el fariseo y el publicano, e incluso el encuentro con Zaqueo que son episodios con los que concluirá esta sección antes de entrar en Jerusalén. La tonalidad, por tanto, de esta última sección del viaje confiere así un matiz característico a la figura de Jesús, tal como la presenta Lucas, y, al mismo tiempo, sirve de preparación al ministerio que Jesús va a desplegar en Jerusalén e incluso a su pasión y muerte. ¿Por qué sirve de preparación? Porque en Jerusalén Jesús será el pobre de los pobres, el abandonado, el marginado absoluto, el ninguneado por excelencia hasta ser entregado a la muerte.

La introducción de la parábola es: «*les propuso una parábola sobre la necesidad de orar siempre, sin desanimarse jamás*». Estamos ante una parábola que puede inducir a engaño[[1]](#footnote-1), por cuanto, en una lectura literal de la misma, se equipararía a Dios con un juez «*al que no le importan los hombres*», y al que parece que hay que "conquistar" a fuerza de insistencia, hasta que, por hartazgo, se decide a intervenir. Si seguimos por este camino de interpretación, propio de una mentalidad con concibe a dios como un tótem mágico, creeremos entonces que podemos cambiar el actuar de Dios con nuestra oración. Un dios impasible que ve la injusticia sin hacer nada y que solo actúa cuando oramos mucho pidiéndola, más por cansancio que por otra cosa.

Esta idea de dios se ha grabado extensamente en el imaginario colectivo, y ha sido alimentada por no pocas predicaciones y teologías. La imagen de dios como "señor todopoderoso", ególatra y celoso, juez impasible y castigador, ha dominado no pocas conciencias que han crecido bajo el peso de la culpa y del temor

Pues bien, frente a tales imágenes divinas, es necesario rebelarse con contundencia: un tal dios no es digno de fe. No se puede creer en un dios que sería peor que nosotros: insensible ante la necesidad humana y capaz de condenar a alguien por toda la eternidad. Un tal dios es solo un invento de la mente, sostenido por el miedo y la debilidad humana, que ha creído esos mensajes culpabilizadores como provenientes de la misma divinidad (y, por tanto, "palabra de Dios").

***Esta parábola solo puede entenderse adecuadamente si la leemos como una parábola de contraste***. Es decir, la imagen del juez, «*que no temía a Dios ni respetaba a los hombres*» sería justo lo opuesto al comportamiento de Dios. De modo que, si hasta un juez inhumano es capaz de ceder ante la petición de la mujer, cuánto más Dios –que es todo lo opuesto- estará siempre a nuestro favor, incluso ***aunque no le pidamos nada***.

Con esta clave, la parábola puede ser asumida desde la perspectiva de Jesús, que anunciaba a Dios como Gracia y Compasión.

Además, hay otro punto de vista que tenemos que ver en la parábola[[2]](#footnote-2). Si observamos el contenido del relato y la conclusión del mismo Jesús, vemos que la clave de la parábola es ***la sed de justicia***. Hasta ***cuatro veces*** se repite la expresión «*hacer justicia*». Fijémonos en los personajes para meternos en la mentalidad de lo que está diciendo Jesús y lo que sus discípulos están entendiendo.

El primer personaje de la parábola es un juez que «*ni teme a Dios ni le importan los hombres*». Esta frase se repite por dos veces (luego tiene su importancia en el relato): es el distintivo de este juez. Un personaje que no tiene más referencia que sí mismo; el centro de gravedad de su vida ni es Dios ni los hombres, sólo él mismo. Es la encarnación exacta de la corrupción que denuncian repetidamente los profetas: los poderosos no temen la justicia de Dios y no respetan la dignidad ni los derechos de los pobres. No son casos aislados. Los profetas denuncian la corrupción del sistema judicial en Israel y la estructura machista de aquella sociedad patriarcal. Por tanto, es un juez que no hace las veces de juez pues es incapaz de mirar al ser humano: es lo contrario de lo que está llamado a ser: un ser alienado

El segundo personaje, tal como lo describe esta parábola, es una mujer indefensa, víctima de una grave injusticia, pero demandante impertérrita ante el tribunal. Tal vez toma Jesús el ejemplo de aquellas viudas cuya herencia había sido «devorada» por los fariseos. La figura encaja a la perfección con la imagen del AT, que se denuncia una y otra vez, de la viuda explotada por la prepotencia[[3]](#footnote-3), que la convertía en uno de los símbolos del desamparo (junto con el huérfano y el emigrante). Es una mujer. Podría Jesús haber elegido a un hombre ¿Por qué elige a una mujer? Porque la mujer es una donnadie en la cultura judía, sin poder de decisión ni de transformar nada; es una última frente a un juez. Está perdida: no tendrá ninguna posibilidad ante él. Si fuera hombre el personaje tendría posibilidades. La mujer, no. Además, es viuda (lo que da la imagen de persona mayor, débil, aunque el relato no dice nada al respecto). Al ser viuda no tiene a nadie que la defienda: ni marido, ni hijo (porque no aparece en el relato). Está indefensa en la vida. Por tanto, doblemente perdida ante el juez. Por una parte, vive sufriendo los atropellos de un «*adversario*» (un hombre) más poderoso que ella; por otra, es víctima de un juez (otro hombre) al que no le importa en absoluto su persona ni su sufrimiento. Así viven millones de mujeres de todos los tiempos en la mayoría de los pueblos. Es la imagen por antonomasia del ser perdido e indefenso. Es un ejemplo más de esos «marginados» a los que Jesús dirige su mensaje, mientras sigue camino de Jerusalén.

Como el juez es exactamente lo contrario de lo que Dios es, en la conclusión de la parábola, Jesús pide confianza en la justicia de Dios: *«¿No hará Dios justicia* ***a sus elegidos*** *que le gritan día y noche?*». Estos elegidos no son "los miembros de la Iglesia" sino los pobres de todos los pueblos que claman pidiendo justicia. De ellos es el reino de Dios.

La pregunta del final del relato ⎯«*Pero cuando venga el Hijo de hombre, ¿encontrará esa fe en la tierra?*»⎯, es innegablemente retórica; lo que quiere decir en realidad es que el Hijo de hombre no va a encontrar «esa fe», a no ser que los discípulos hayan llegado a comprender profundamente la indispensable «necesidad de orar siempre, sin desanimarse jamás». La «fe» que se menciona es la que inspira una actitud de oración insistente y perseverante. Jesús no está hablando de una oración ininterrumpida, perpetua, incesante, sino de un clima de oración que vaya ritmando, tintando, la existencia cristiana. La frase siguiente —«*sin desanimarse jamás*»— especifica bien la idea. Así lo hará el propio Jesús en uno de sus momentos más lóbregos, como el del huerto de Getsemaní, e igualmente la comunidad cristiana cuando surge la persecución, como se describe en los Hechos de los Apóstoles.

Anteriormente Jesús ya encontró, si se acuerdan, ese tipo de fe, en el pasaje del centurión y su criado enfermo: Jesús lo alaba diciendo: «*Os digo que ni siquiera en Israel he encontrado una fe como ésta*» (7,9). Jesús nos llama a tener ese tipo de fe. ¿Qué es lo que une a ese buenazo de centurión y a esta pobre viuda? ¿Cómo es que dos personajes tan dispares, uno poderoso y otro indefenso, son puestos como ejemplos de fe? Pienso que porque los dos se complementan: en la viuda se destaca la insistencia y en el centurión el abandono confiado, por encima de cualquier consideración, incluso de que él fuera un excluido por no ser israelita.

Ante el evidente retraso de la parusía, Lucas pone en labios de Jesús —precisamente en su camino hacia Jerusalén— el consejo de perseverar en la oración constante, abandonados, entregados sin desánimos, sin desfallecimientos, como actitud característica de la vida cristiana, y sobre todo en el «tiempo de la Iglesia», cuando por todas partes surge la amenaza del desánimo, del cambio de valores contundentes por relativos, de la prisa y el ruido, en detrimento del silencio y la contemplación. Ese es precisamente el tiempo no sólo de una oración perseverante, sino de la oración confiada que brota por inspiración de la fe[[4]](#footnote-4).

1. Cfr. Enrique Martínez Lozano. *El Dios pensado, el Dios hallado*. En www.feadulta.com [↑](#footnote-ref-1)
2. José Antonio Pagola. *¿Seguimos creyendo en la justicia?* En www.feadulta.com [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. Ex 22,22-24; Dt 10,18; 24,17; Mal 3,5; Rut 1,20-21; Lam 1,1; Is 54,4; Sal 68,5 [↑](#footnote-ref-3)
4. Cfr. Joseph Fitzmyer, *El Evangelio según San Lucas. T III*. Ed Cristiandad. Madrid, 1987 [↑](#footnote-ref-4)